

COMMUNICATIVE SYLLABUS DESIGN A SOCIOLINGUISTIC MODEL
FOR REFINING THE CONTENT OF PURPOSE SPECIFIC LANGUAGE
PROGRAMS.

John Munby, Cambridge University Press 1978.

Communicative Syllabus Design de John Munby ha resultado ser un libro influyente y polémico. Lectura obligatoria para personas involucradas en los procesos de diseño de cursos y materiales, el libro todavía no obtiene en México la atención crítica que merece. Es frecuente que un libro, sobre todo si tiene un propósito tan amplio como el de Munby, se reciba con alabanzas, y que se cree la expectativa de que puede dar una solución completa al problema que plantea. Con el tiempo, sin embargo, las limitaciones afloran a través de la práctica. Tal vez éste haya sido el caso del libro de Munby, cuatro años después de su publicación.

Munby insiste en varios puntos: en un enfoque para el diseño de cursos cuyo punto de partida sea el alumno; en el análisis previo de las necesidades; y en un conjunto de objetivos para un curso que a su vez deriva del perfil del participante o estudiante. En principio, va bien. Sin embargo, los elementos del modelo, presentados con instrucciones detalladas, jergonza de las ciencias de la computación y diagramas de flujo, no funcionan de manera ideal; hecho que sólo se manifiesta en la aplicación concreta del modelo a una situación real. Aun una lectura cuidadosa no necesariamente revela los problemas. Nosotros hemos utilizado el modelo para llegar a la especificación del contenido de un curso para becarios mexicanos próximos a salir a países de habla inglesa, para hacer estudios de posgrado. Los problemas que presenta el modelo y sus aciertos se volvieron tangibles en el proceso.

Podemos decir, en pocas palabras, que el modelo debe funcionar como un programa de computadora: tenemos un participante, introducimos al aparato llamado "procesador de necesidades comunicativas" sus datos y el instrumento genera de manera sistemática el "perfil de necesidades" del participante. Luego, este perfil constituye la alimentación para otros procesos que generan la especificación de lo que se considera su "competencia comunicativa meta", o sea los objetivos del curso. Todo parte, teóricamente, del participante, sea un individuo real, o, lo que es más probable, una construcción teórica en la mente del operador del modelo.

El problema más serio que vemos en el modelo de Munby es que en ningún momento del proceso de la derivación de la competencia comunicativa meta, entran aspectos socio-políticos, prácticos, administrativos, psicopedagógicos o metodológicos. Estos factores, según Munby, son "posteriores al diseño de los programas de estudio (*Syllabus*).". De hecho, sólo menciona estos aspectos en un pequeño epílogo de una sola página, fácil de pasar por alto después de 216 páginas de detalle riguroso y definición cuidadosa de las relaciones entre los componentes de su modelo.

Es difícil entender que, en un libro que hasta en su subtítulo pretende dar un "modelo sociolingüístico", se consideren de importancia mínima todos los problemas sociolingüísticos que se encuentran más allá de la actuación del individuo en el evento comunicativo. La necesidad de un curso de segunda lengua *no* empieza con el individuo. Ronald Mackay y Alan Mountford ponen énfasis en este hecho, con un proceso de análisis de necesidades que se cuida de presuponer que existe la necesidad de un curso, y que sólo procede a definir necesidades específicas después de haber establecido la necesidad socio-política y administrativa del curso. Mackay, en particular, no empieza preguntando: ¿Para qué necesita esta persona el inglés? sino: ¿Realmente necesita saber una lengua extranjera? ¿Cuál necesita más? Sólo después de haber establecido la necesidad del *curso* atiende las necesidades específicas de los participantes.¹

¹ Ronald Mackay y Alan Mountford, *English for Specific Purposes*. (LA, Longman, 1978).

Munby, en cambio, no necesita que previa a la definición de objetivos, se establezca la necesidad del curso. Comienza con un participante, un cliente. No distingue entre la demanda de un curso y las verdaderas necesidades del individuo y de la sociedad. Esta posición es especialmente problemática en instituciones públicas, ya que permite que un trabajo, prosiga aunque vaya directamente en contra de los objetivos nacionales muy alejados de cualquier curso de idiomas. Podemos tomar el ejemplo de un grupo de mexicanos que quiere estudiar medicina en una universidad de Estados Unidos. El modelo de Munby puede (con problemas que se discutirán más adelante) establecer una especificación de las necesidades comunicativas que les permitirán llevar a cabo sus estudios. Pero, ¿qué sucede si resulta que estos médicos se instalan como cirujanos plásticos con ingresos altísimos, abren clínicas para el aborto en Reynosa, o venden Laetrile en Tijuana, mientras campesinos mexicanos mueren por falta de atención médica? ¿Hasta qué grado podemos afirmar que la "necesidad" que estos médicos tienen de aprender inglés corresponde a las necesidades nacionales en el área de la medicina? Más sano sería un análisis de necesidades que *no* partiera de la idea de que el participante necesita estudiar inglés, sino que investigara, sin prejuicios, cuáles son las necesidades lingüísticas de un grupo de posibles estudiantes. Este tipo de análisis de necesidades incluiría la posibilidad de que el "output" fuera un curso de Otomí para Objetivos Específicos (el objetivo; curar a otomíes enfermos), y no necesariamente un curso de inglés.

Un análisis de las necesidades, sobre todo en cuanto a cursos en instituciones públicas o en las que contribuyen de alguna manera a mejorar los planes educativos oficiales, no debe partir del individuo: se deben tomar en cuenta necesidades a otros niveles. Si se omiten estos aspectos, o si se consideran solamente después del proceso de derivación de objetivos, corremos el riesgo de que se produzca un curso injustificable a nivel institucional o nacional, o que simplemente nunca se lleve a cabo.

Otro aspecto importante que se menciona únicamente en el pequeño epílogo es la metodología. Mientras aceptamos que una consideración detallada sobre metodología

está fuera del alcance del libro, nuestro punto de vista es que la determinación de objetivos de un curso en un vacío metodológico es imposible. La metodología que se proponga va a tener siempre una influencia decisiva, sea sistemática o no. Por otro lado, los programas de estudio siempre están sujetos, en la realidad, a modificaciones en función de elementos no predecibles en el proceso del aprendizaje. Pero el modelo de Munby no incluye mecanismos que permitan una influencia de factores metodológicos y prácticos en los programas de estudio. De hecho, la distancia entre la especificación de la competencia meta (el producto de la aplicación del modelo) y lo que ocurrirá en el salón de clases es enorme.

A pesar de los problemas mencionados, el modelo de Munby constituye el intento más completo y detallado que existe de reunir la información necesaria para traducir necesidades individuales en competencia meta. Identificados los problemas, y al modificar el proceso para introducir los factores que Munby ignora, el modelo puede ser aplicable al análisis de necesidades.

Tal vez el aspecto más interesante que ofrece el modelo sea la idea de establecer un nivel meta diferenciado y cuantificado para la lengua oral y escrita, tanto en las habilidades receptivas como productivas. Se establecen parámetros de complejidad y extensión de los textos que el alumno debe manejar, así como parámetros de tolerancia a las desviaciones de la norma (error lingüístico, necesidad de repetición, etc.). Al grado de tolerancia se le asignan valores numéricos. Tomemos como ejemplo el caso hipotético de un trabajador del campo en Estados Unidos. En cuanto a la forma escrito-receptiva (comprensión de lectura), los textos que tendría que entender tendrían valores bajos en cuanto a extensión y complejidad (serían anuncios, avisos e instrucciones cortas), y la tolerancia de errores en cuanto a comprensión sería relativamente alta. En cambio, si tomamos el ejemplo de un médico en la sala de urgencias de un hospital de los Estados Unidos, la tolerancia de error en la comprensión auditiva es muy baja. Ganamos mucho asignando valores a estas variables en competencia meta. Podemos empezar a estipular prioridades específicas para el aprendizaje. Este aspecto es de especial interés para el diseño de exámenes.

De hecho, la aplicación más relevante y exitosa que hemos visto hasta ahora del modelo de Munby ha sido en los exámenes. El nuevo examen del *English Testing Service* de Gran Bretaña establece niveles de dominio del inglés con base en las necesidades comunicativas de los examinados. Este tipo de proceso, como el descrito por Brendon Carroll en su libro *Testing Communicative Performance*², presenta una alternativa a exámenes basados en una norma como es el caso de la prueba TOEFL.

Un mérito grande e importante de Munby ha sido la creación de extensas listas para la definición de objetivos en términos lingüísticos, funcionales y de actitudes, que forman la médula de la segunda parte de su modelo: la especificación del contenido de los programas de estudio. Esta información será útil, aun para quienes no hayan seguido el laborioso proceso de establecer en detalle el perfil de necesidades, supuestamente paso previo y necesario para la especificación del programa de estudios.

Desafortunadamente, Munby pone mucho énfasis en el carácter lineal de su modelo; en el hecho de que cada paso debe derivar de la información obtenida en un paso anterior. Pero el proceso no puede continuar siguiendo el diagrama de flujo tal como lo presenta Munby. Según el modelo, los eventos comunicativos que enfrentará el participante se derivan de una serie de datos suyos, como el lugar donde va a usar el inglés, con quién va a hablar, para quién va a escribir, etc. Nosotros creemos que estas cosas sólo las podemos saber porque tenemos una idea intuitiva *de antemano* de cuáles pueden ser tales eventos comunicativos. El modelo simplemente nos ayuda a ordenar y sistematizar lo que ya sabemos o intuimos acerca de nuestro participante. Desearíamos saber qué diferencia habría entre los objetivos establecidos intuitivamente por una persona, y los determinados por otra utilizando el modelo de Munby para establecer detalladamente el perfil de necesidades, antes de fijar los objetivos. El modelo ordena la información, pero no determina ninguna relación entre un perfil dado y una especificación en particular del contenido de un programa de estudios. Todo

² Brandon J. Carroll, *Testing Communicative Performance*. Pergamon Press, 1980.

recae en un juicio, más o menos informado, del operador, quien escoge de las listas que da Munby el contenido que le parece adecuado.

Los elementos del modelo, y los inventarios elaborados por Munby representan una aportación valiosa a la teoría y a la práctica en el área del diseño de cursos. Sin embargo, la representación del proceso como algo científico, limpio, lineal, y aislado de las influencias del mundo no refleja la realidad. Sólo modificando el modelo, con flexibilidad y tomando en cuenta las influencias externas, podemos hacer de él una herramienta útil en la práctica de la planeación de cursos y en la descripción de los programas de estudio.

Ann Hildreth
David Howard

Recibido en enero de 1982